

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA IGLESIA SIEMPRE MILITANTE.

I.

«Milicia es la vida del hombre sobre la tierra:» y si en la sociedad temporal lo mismo que en el individuo, se cumple constantemente esta sentencia profunda, ¿cuánto mas en la que se refiere, no á nuestra peregrinacion transitoria y al bienestar de los cuerpos, sino á la salvacion de las almas y á la conquista de aquel reino inmortal que *no se gana sino con la violencia*? Las naciones han disfrutado épocas y aun siglos de tranquilidad y sosiego: la Iglesia no los ha alcanzado jamás. Interminable guerra con el mundo le predijo su divino fundador y modelo, guerra que corresponde á la contradiccion permanente de la carne con el espíritu y á la lucha de las dos leyes y tendencias que todos y cada uno en lo interior sentimos. El ser inmutable la Iglesia no la exime por fuera de vicisitudes, ni de combates—el ser invencible, ni del trastorno que llevan los pecados el ser impecable y santa: todos los males que se esfuerza en remediar, todas las pasiones que reprime, todos los vicios que contrarían abiertamente su accion ó prueban de infiltrarse en ella, todos aparecen á la luz espléndida de sus doctrinas y sus hechos; los cánones y la historia eclesiástica son el espejo mas claro cuanto mas puro, donde mejor se reflejan por turno los grandes infortunios y dolencias morales de

las pasadas generaciones para aliento y para enseñanza de la nuestra.

Empujada por los acontecimientos y dirigida por la Providencia, la humanidad sigue su marcha constantemente; y bajo un sentido absoluto todos los períodos son para ella de transicion, ninguno de estacionamiento. Sus vicisitudes se suceden, sus complicaciones se eslabonan, y de su parcial é incompleto desenlace siempre resultan otras nuevas que no terminarán de una vez sino con su existencia; su vida es, como la del individuo, una sucesion de instantes que pasando mueren, su permanencia como la de los cuerpos cuyos elementos incesantemente se renuevan. Solo de tiempo en tiempo con los mas repentinos y violentos cambios se nos hace sensible la continua trasformacion; solo con lo brusco de las sacudidas y la variacion de los objetos que á cada lado desfilan, nos apercibimos del camino que andámos; y siendo harto áspero el trecho que nos ha tocado recorrer, y harto rápidas é imprevistas las peripecias de nuestro siglo, apropiamos á él casi exclusivamente las ideas de mudanza y movimiento, como si hubiera presidido á los otros el quietismo. Todo cuanto dejamos á las espaldas se nos aparece fundido en una tinta igual y monótona que borra los contrastes; todo lo andado se nos figura llano, todo lo ya sucedido evidente y fácil de prever: la distancia disminuye ó esconde los males pasados, como la proximidad abulta los presentes.

También se ha visto sembrado de escollos el camino de las precedentes generaciones; también han ido avanzando tímidas y anhelantes hácia un porvenir tenebroso y desconocido; también ha envuelto sus pasos la confusión y agitado su pecho la incertidumbre, y han sentido vacilar el suelo bajo sus plantas, y á vista de la fugacidad de lo que creían perpetuo y de la inseguridad de lo que juzgaban inviolable, han temido que con ellas desapareciera el universo; también han palpitado bajo el peso de estos temores, y han agotado sus cálculos en la solución de estos problemas que luego el éxito ha presentado tan fácil y natural, como parecerá á los venideros el desenlace de esa complicada madeja, la salida de esta apurada situación en que ahora nos agitamos. Por ventura tachando de exagerados nuestros lamentos y de aprensivas nuestras alarmas, dirán que en nosotros con respecto á los antepasados, no tanto ha crecido la intensidad de los males, como la solicitud en observarlos y la susceptibilidad en sentirlos y la impaciencia en sobrellevarlos, que no han sido mayores los peligros sino menor la fortaleza, que no fué mas nebuloso nuestro horizonte sino menos brillante nuestra esperanza.

Obra seria singularmente curiosa al paso que instructiva, la que se propusiera examinar la situación íntima de cada siglo, no desde el actual punto de vista, sino colocándonos en su mismo terreno é identificándonos con sus ideas y sentimientos, la que formara el retrato de cada uno de ellos segun los juicios, testimonios y previsiones de sus contemporáneos. Oiríase del principio al fin este lamento doloroso que en eco prolongado se han transmitido las generaciones, el mismo descontento que ahora de lo presente, las mismas aprensiones del porvenir: palparíase en derredor oscuridad poco menos densa; ningun punto del camino se nos presentara á propósito para hacer descanso en él, ningun fanal luminoso y claro brillaria á lo lejos como norte de nuestro rumbo para alentarnos á apresurar la marcha. Entonces, bien que la experiencia de lo pasado nada nos descubriese para el conocimiento y pronóstico del porvenir, nos

enseñaria á aguardarlo con prevision y calma, disipando al par las engañosas ilusiones y los espectros pavorosos que alternativamente nos hacen tan nimiamente crédulos como asustadizos; nos haria llevar mas resignadamente nuestra carga, y presumir menos de nuestros adelantos; nos obligaria á poner los ojos y la esperanza en esa religion inmortal, que immaculada y pura, mas no impasible como el sol, ha presenciado ya tantos horrores é infortunios, y cuya compasion piadosa no pueden menos de escitar, así los pánicos terrores de los que creyendo empañado ya su brillo y perdida su eficacia piensan que el mundo va á morir sin ella, como los insensatos esfuerzos de los que, emancipando á aquel de su influencia, aspiran á reemplazarla y sustituirla.

Dejando aparte al mundo pagano, sobre el cual pesaba la abrumadora esclavitud del fatalismo, y cuyos estados y generaciones se sucedian y heredaban sin vínculo en su existencia, sin direccion en su marcha, sin solidaridad en sus destinos, á este mundo tan incierto del porvenir terrestre de los pueblos como de la suerte inmortal de los espíritus, retrocedamos por via de ensayo á los primeros siglos del cristianismo, á la formación y nacimiento de las modernas sociedades, que bien que dadas á luz bajo tan santos y favorables auspicios, y objeto desde luego de la maternal solicitud religiosa, no fueron engendradas sin acerbísimos dolores. ¡Qué terror inmenso no sobrecogió los ánimos en aquel tiempo, al ver desplomarse á pedazos la mole del romano imperio, en quien el orbe estaba acostumbrado desde largos siglos á refundir toda idea de poder, de unidad y de civilización! Al estrépito atronador de aquellos enjambres de bárbaros que bajaban del Norte empujándose unos á otros, de cada vez mas feroces y salvajes, al reflejo de sus teas incendiarias que abrasaban los cuatro ángulos de la tierra, confundiendo en una misma hoguera las artes y las leyes, la tradicion y la filosofía, verdades y errores, principios y abusos, creyó el universo volver al caos, y preguntábase si la cruz, aunque llegada á tiempo para salvar las almas, habia aparecido dema-

siado tarde para los cuerpos, y si su espléndido triunfo, alumbrando las postreras convulsiones de la humanidad, debía señalar la fin de los tiempos. No aparecía entonces disyuntiva entre la corrupcion y la barbarie; lo antiguo ya no se comprendia, lo nuevo no se adivinaba; hállabase el Occidente entre un cadáver y una quimera. Y ya los vapores del orgullo y de la concupiscencia empañaban los resplandores del astro divino que se levantaba del Gólgota magestuosamente; ya los fieles, salpicados todavía con la sangre del martirio, sumíanse en el lodo de sus pasiones; y la herejía, brotada en el seno mismo de la persecucion, estendia á favor de la paz sus venenosas raices, envolviendo á la cristiandad en su mortífera sombra. Fieles retratistas de la confusion de ideas, de la licencia de costumbres, de los terribles infortunios, de los apremiantes temores de la época, los padres latinos y griegos de los siglos IV y V nos ofrecen un cuadro en sus escritos, á cuyo lado parece pálida la mas negra pintura del XIX.

Cuando en seguida se manifestaron los admirables designios de la Providencia, de regenerar la Europa por medio de nueva raza y de nuevas monarquías, cuando aparecieron todavía en embrion desconocidas formas de sociedad y de gobierno, representaron mas bien abortos que espiraban al nacer, que gérmenes de una robusta y prolongada existencia: todo anunciaba decrepitud en vez de renovacion. Conforme se civilizaban y fijaban su domicilio los pueblos bárbaros y errantes, se enervaban y corrompian, perdiendo su vigor salvaje sin cobrar la fuerza moral de su mayor ilustracion; y los reinos que brotaban del destruido imperio, en vez de chupar vivificante jugo, parecian impregnarse solo de sus elementos de disolucion. El viejo suelo de Occidente podia ya considerarse estéril y maldito: ostrogodos y lombardos, francos y visogodos, tras de un soplo de efímera grandeza, decaian y postrábanse sin aliento sobre los escombros amontonados. En Oriente los restos del imperio arrastraban una vejez miserable y prolongada; y solo habia vigor y juventud para la destruccion en aquel culto

sanguinario y voluptuoso que derramaba triunfantes á los árabes escuadrones por las tres partes del mundo conocido. En vez de asomar la aurora de la civilizacion nueva, marchábase todavía á los escasos reflejos de la antigua que lentamente se apagaban; las tinieblas se condensaban á cada paso, el sentimiento de patria se perdia entre aquella mezcla y confusion de razas, desvaneciase la misma fe combatida y analizada por herejías á la vez sutiles y groseras: el mundo no habia preservado su existencia del violento cataclismo precedente, sino al parecer para morir de consuncion y debilidad en los brazos de sus invasores. Tal es la historia de tres siglos, VI, VII y VIII, época infecunda y enojosa de guerras sin gloria, de conquistas sin solidez, de discusiones sin resultado; árida é interminable llanura regada de sangre y sembrada de ruinas, donde ningun objeto descuella, donde nada florece sino algunas plantas de ciencia y santidad, brotadas con el benigno calor del cristianismo y desplegadas á sus luminosos rayos.

J. M. Q.

L'HEREU D'UNA CORONA.

129.

Optimam partem elegit.—Luc. 10.

I.

Camí de mala pèlja,	- - -	com ample solch,
Un roquissar travéssa		tot ple d' aubons:
S' hi aixeca á la vorera,		(costum piados)
Una alta creu de marbre		feta ab primor.
Tròno li fan de pedra		cuatre escalons,
Com si d' aquella tèrra		la reyna fos.
Y bé que n' es la reyna,		puis no fa molt
Que d' infàels cativa		sofria el jou,
Y d' ell la va sostrèure		rey valeros
Alsant la creu divina		en sos penons.
Be n' haja el qui cadenas		de catius romp,
El qui á la fe cristiana		dóna tals dons.
Nova es la creu encare		de bell color,
L' alsá'n aquell paratge		Jacme segon:
Cap arbre té devòra		qu' ombra li don,
Y els raigs del sòl flametjan		cayguent á plom.
Cap arbre la defensa		del vent furios
Qu' els olivars corona,		qu' arranca els oms.
Nova es la creu encara		de bell color,
Llustrosos sos fuyatges		encara son;
No'ls han cubert las plujas		de llim verdós,
No'ls ha cruyad encara		la néu qu' es fon.

Del peu de la creu santa,
 ¡Què bé se veu la plana
 Las serras llunyanas
 Els peñals y singles,
 Costers que s'encatifa
 Bòschs atapids d'ausinas
 Plans que de vista's pèrden,
 Y figuerals y viñas
 Se veu la mar qu'enfòra,
 Ab lo blau de las bòiras

Derrera una ampla tira
 Qu'á llarga torrentera
 S'escampa una garriga,
 Els romanis ey creixen
 Ovellas ey pasturan,
 Qu'escapsan de las matas
 Allá los còrs s'alegran
 De l'aygua que llanega
 Allá's perfuma l'ayre
 Qu'humils floretas vésten
 Allá'ls aucells desplegan
 Allá son pler ey tróban

D'allá s'en vé de préssa
 Un bell cavall qu'aixeca
 Ben cèrt que guañaria
 Ben cèrt que n'es qui'l cualca
 Baix de la creu l'atura,
 Salta y allòure el deixa

Poder de Deu! quin jove
 De més gentils no'n ténen
 De plata la mes fina
 Y té també sa'spasa
 Be's veu qu'es nòble branca
 Que corre pèr sas venas
 Té dolsa la mirada,
 El dia que va neixe
 Coratge no li manca;
 Qu'es un ànell que abriga

Donsella d'alt paratge
 Que si una vòlta el mira
 Que dins son pit no sénta
 No sénta la calrada
 Pero éll de sas grandesas
 Ni cerca ni li agradan
 No spèr ninguna d'ellas
 Paraulas falagueras,
 ¿De qué assacian ayguas
 Al qui de la font viva
 ¿Per qui del sòl anora
 ¿De qué serveix la flama

¿Perqué en son front pintada
 Y en la garriga deixa
 Y els llòchs mes solitaris
 Un jove que coronan
 Ay! qu'en son còr de jove
 També d'amargas ayguas

llòch delitós,
 d'aquell contorn,
 allá á l'enfront,
 nius de voltons!
 d'un verd hermós,
 d'un verd mes fosch,
 camps de rostoy,
 de fruit tan dols!
 cap á mitg jorn,
 son blau confon.

d'espessos polls,
 donan frescor,
 garriga ahont
 entr'els rebolls.
 cabras y bochs
 els tendres brots.
 ab la remor
 per entr'els jonchs,
 de richs olors,
 desnús turons,
 son cant gojós,
 els cassadors.

còm un fibbló,
 niguls de pols.
 jòya en un còs,
 bòn cualcador.
 y dant un bot
 brollant de suor.

tan blanch y ros!
 dels reys las corts.
 du'ls esperons,
 de plata el poin.
 de nòble tronch,
 la sang millor.
 fòrt el brahó.
 bell dia fonch.
 be saben tots
 còr de lleó.

no heyá en la cort
 no s' enamor,
 un dols trastorn,
 pujarli al front.
 n'está falló,
 els plers del mon.
 que may s'escolt
 sospirs d'amor.
 de térbol gorch
 desitja el broll?
 la resplandor,
 de tió fumós?

du la tristor,
 sos companons,
 cerca afanós
 las flòrs del mon?
 s'amaga un corc!
 n'ha tastad glops;

Las ditxas qu'altres cercan
 Y al cèl consòl demana

per ell no'u son,
 son còr dolros.

La imatge santa mira
 Baix de la creu va á sèure
 Y descansant el colzo
 Ab lo bras dret aguanta
 Axi'l podrian veure
 Y que á ell mateix se parla

del Redentor,
 á un escaló,
 sobre el jonoll,
 son ample front:
 tot concirós,
 sens dir un mot.

II.

¿Fins cuant á la amorosa veu qu'em crida
 Estaré fent el sord?
 ¿Quin pler m'ha donad may ma trista vida
 Que no sia un pler bord?

De dia un goix de nin fingesch apòsta,
 Y en l'ombra de la nit
 Aquest penós enganý regar em còsta
 De llagrimas mon llit.

Y l'auba vé, y la llagrima derrera
 De mas pipellas futj;
 Pero corre amagada y tal còm era
 La font del meu enutj.

Sempre demá! y avuy qu'em detenia?
 ¿Perqué som tan covard?
 ¿Qui m'ha dit, qu'aguardant un millor dia,
 Demá no sia tard?

Ja basta de temors: á Deu desd'are
 Promet que tendré còr.
 ¿Una llagrima sola de ma mare
 M'ha de fer tanta pòr?

Qu'em deman, si la vòl, sang de mas venas,
 Ley daré, ¿pero es lley
 Que no puga jò rompre mas cadenas
 Perque som fill de rey?

No, no vull jò coronas que á vegadas
 Còstan un riu de sang,
 Que qualque pic redòlan trepitjadas
 Y cubèrtas de fang.

Per mes que sia d'òr no m'enlluèrna
 Claror que dura un jorn;
 Jò vull corona que de llum etèrna
 Mon cap per sempre adorn.

Som fill de rey: la guèrra no m'espanta,
 Si cuantra els sarrahins
 Pogués menar un dia á Terra Santa
 Mos valents mallorquins.

Oh Deu! Per axò, sí, qu'una corona
 Duria de bòn grat,
 Y el còr m'exemplaria el pler que dona
 El renòu del combat.

Per no rétre, empero, ni un palm de terra
 Qu' em prenguen sens rahó,
 Haver d' encendre un foch y fer la guerra
 Als parents d' Aragó!

Haver de convertir en trists carnatges
 Las muntañas y els plans,
 Y enllepolir els còrps y llops salvatges
 Amb òssos de cristians!

Axò no, no vull jò qu' encengue 'l ferro
 La venjansa en mon pit,
 Qu' em fassa recordar l' injust destèrro
 Que los mèus han sufrít.

No vull jò pensaments que tant alluñan
 De Aquell per qui suspir:
 Perque sént las passions que mon còr puñan,
 Del perill vull fogir.

Si el pesar cada nit axí 'm desvetlla
 Dormint en un palau,
 ¿No 's millor el racó de pòbre cetla
 Ahont s' y dòrm en pau?

Que no 'm turment may més del mon la bulla
 Qu' em deixa tant falló;
 Prest serà ma corona una capulla,
 Ma percinta un cordó.

III.

Ja surt de la garriga, - - -	ja passa 'l pont,
De cassadors y páges	alegre 'stòl.
Ja 's veu la polsaguera,	ja 's sent el tròt
De tants cavalls que corren	á qui mes pòt.
Encare qu' aglassadas	vénen sent jòchs
Las cussas falagueras	que lladran fórt,
Y á la remor qu' aixecan	l'eco respòn.
Content de la cassada	s' en vé tothòm:
Tots han passat un dia	de bulla y gòix,
Llevat aquell qu' espera	y es veu tot sòl.

S' aixeca dret tot d' una	que sent l' estòl,
A l' altra part se gira,	y els ulls no mòu
D' un punt que lluny blanquetja	sobr' un planiòl;
Es una hermosa torre	pròp d' un gran hòrt.
¿Què té que tant s' altera,	qu' es pòsa gròch?
Pareix que li tremola	tot el seu còs,
Pareix que ja l' agafa	la freda mòrt.
Els ulls li llagrimetjan	y diu tan sòls:
De pèdre una corona	bé m' aconhòrt;
Y á tú ¿qui t' aconhòrta,	mon pòbre còr?

Las timbas d' alta sèrra	ja tòca 'l sòl,
Els cassadors que vénen	ja son ben pròp,
Já arriban y saludan	la creu devòts,
Y passan y segueixen	perdent el tròt.
Un d' ells se queda enrera	perqu' anar vòl
Plegat ab l' altre jove	qu' es torba un pòch.

Gentils tots dos s' assemblan	còm duas flòrs
Que d' un brotet sortiren	dins un redòl.
D' els dos la fesomia	se correspon,
Als dos un mateix pare	los va dar nòm.
Els dos jermans derrera	van un bòn tròs,
Caminan y conversan	tots dos totsòls.

IV.

=Còm axí á l' esquerra 't pòsas?
 Jacme, aquest llòch no 't pertaíny.
 Dels drets de major tu gòsas.

=D' ells n' he gosat fins enguaíny.

=No: deixem passar, qu' estreta
 Del respecte n' es la lley.

=Camina, Sanxo, á ma dreta,
 Que tú... tú serás mon rey.

=Mentras visca el nòstro pare,
 Deu lo guard de mala sòrt,
 Ell comanda... =El rey es ara;
 Tú 'u serás cuant haja mòrt.

=Vivint tú, jò rey seria?

=Hereu d' en Jacme segon,
 ¿Què et farà que viu jò sia
 Si mòrt ja seré p' el mon?

=No t' enteng. =Tos fets l' història
 Contar los podrà á tot hòm;
 Jò al temps futur per memòria
 Res mes deixaré qu' un nòm.

=Fill de rey, y tems encare
 Qu' el teu nòm, Jacme, no brill?

=¿Si sabesses de qui 'n pare
 N' he d' esser ben prònte fill!

Ombra farà á ta corona
 La supèrbia del cosí;
 Si el cèl la qu' espèr em dona
 ¿Què podrà may cuantra mí?

Las mans meuas de sang netas
 No 'm tacará s' ambició;
 No 'm farán pòr las satjetas
 Ni las llansas d' Aragó.

Tú sagrament d' homenatge
 Li retrás sabente greu;
 Jò tendré aquesta ventatge
 De retrèl tan sòls á Deu.

=¿Y un tròno creus tú sostrèure
 De las mans del infaèl?

=Jò 'l meu tròno 'l vull assèure
 Demunt es niguls del cèl.

=Rey de Mallòrca! ¿No es una
 Corona de gran valor?

=Lo seu pes el cap engruna:
 La meua, Sanxo, es millor.

=Per vida de nòstra mare!
 Parla 'm clar, obri 'm el pit.

=Sòls vull ser un pòbre frare,
 Axò 's la part qu' he elegit.

T. AGUILÓ.

LA VELA DEL SANTÍSIMO.

Nadie, ni aun los que tan injustas prevenciones abrigan contra el culto católico, pondrá en duda que la función religiosa celebrada el último domingo en nuestra santa Iglesia, sea digna de especial mención por su conmovedora solemnidad y magnificencia. Ni es menester describirla minuciosamente, para que de ella conserven un recuerdo indeleble los que llevados de ideas y sentimientos cristianos tuvieron á singular dicha el presenciarse. Su memoria no necesita de agena intervencion, y los trazos de relieve que en ella quedaron esculpidos resistirán á la sorda lima del tiempo. Señalaron aquel día con piedra blanca, y las impresiones que en su alma recibieron descollarán en los anales de su piedad, en esos anales que solo se escriben en el corazón de los creyentes fervorosos. Sería además temerario empeño querer producir con palabras una sensación tan viva como la que debieron al testimonio de sus ojos. Nuestra ciudad respondió como una voz sola al llamamiento de las personas devotas, que la habían invitado á reunir en un acervo común las oraciones de todos, y á dar una prueba unánime de completa adhesión á las recientes declaraciones del jefe visible de la Iglesia de Jesucristo. A excepción de los pocos en cuya ofuscada mente la incredulidad retuerce y ahonda sus funestas raíces, de aquellos que, refractarios á toda impresión y pensamiento serio, no buscan más que los goces de la vida mundana, ó de aquellos desgraciados que vegetan sumidos en la triple abyección del vicio, de la ignorancia y de la miseria, nuestra ciudad como un solo hombre se arrodilló, cobijada por las inmensas bóvedas de nuestra catedral, para rendir el homenaje de su adoración á Jesús sacramentado.

Y en verdad que era imponente, al par que consolador para cuantos anhelan con toda el alma que se trasmita incólume á las generaciones venideras el depósito de las santas creencias, gage de eterna salud para los individuos y tabla de salvación para las sociedades, el espectáculo de aquel numeroso gentío, apiñado entre el presbiterio y el coro, y derramándose por las espaciosas naves laterales como anchos torrentes de un lago desbordado. Era un espectáculo que debería haber llamado la atención de los que se empeñan en que las sociedades vivan solo de pan, y cifren su felicidad en el goce de los bienes y placeres materiales. Cómo si el hombre fuera semejante *al caballo y al mulo que nada entienden* ni entender desean acerca de su ulterior destino! Era imponente, aun para los ojos profanos, ver aquella muchedumbre engalanada que daba un público testimonio de su fe, siquiera fuese con la modestia de su actitud y los indicios de interior recogimiento. En valde se hubiera buscado entonces un rincón solitario en el vasto ámbito de aquel templo. Mas, cuando acabaron de estrellarse en sus bóvedas las patéticas modulaciones del órgano y el magestuoso canto de los sacerdotes y las vibrantes armonías de una bien nutrida orquesta; cuando ter-

minado el oficio divino se disiparon las nubes de incienso y desapareció el arabesco de luces que se extendía por los corredores de la capilla real; cuando los fieles, que habían fortalecido su espíritu con saludable alimento, hubieron de atender á la indispensable refacción que el cuerpo necesita, y en el despoblado templo reinaban otra vez la soledad y silencio, entonces quedaba todavía otro espectáculo conmovedor si es que allí permaneciese algun espectador rezagado. Como devoto santuario en medio de un vasto desierto, apareció el altar mayor con la sagrada custodia bajo suntuoso dosel, rodeada de encendidas luces que palidecían ante la claridad que entrando por ventanas y rosetones inundaba el edificio de trasparente neblina. Parecíase aquella carencia de rumores al silencio de los sepulcros, é inmóviles como sus estatuas y arrodillados en las gradas del presbiterio doce fieles con una hacha en la mano tributaban este obsequio á la magestad del rey de los cielos oculto bajo las especies sacramentales. Reunidos allí sin distinción de edades ni categorías, aunque no fuesen delegados, eran representantes de un pueblo cristiano.

Nada más lógico, más propio del culto católico que esta demostración práctica de nuestra fe en un misterio incomprensible que abate el orgullo de la razón humana. El Hijo de Dios vivo nunca se encuentra solo; inmensas legiones de ángeles forman su corte invisible, y el hombre es demasiado pequeño para poder contribuir al aumento de su inefable grandeza. Dios no le necesita para su gloria; mas cuando se ha dignado visitarle de incógnito, y consentido en quedar espuesto á sus miradas, ¿cómo puede el hombre mostrarse indiferente á tan alto beneficio? ¿Cómo sufre el dejarle, siquiera sea por breve tiempo, en una soledad aparente? Por esto en muchos pueblos de la cristiandad se halla establecida la piadosa costumbre de que algunas personas devotas vayan turnando para hacer la corte á Jesús sacramentado durante su exposición, principalmente las horas en que están desocupadas las iglesias é interrumpidos los divinos oficios. Así un obscuro y humilde obsequio reemplaza á más solemnes cultos, y no hay solución de continuidad en los actos de adoración y en las plegarias de los fieles.

Entre nosotros ni era desconocida esta costumbre, ni su práctica se vé constantemente observada. Algunas piadosas hermandades la habían puesto en uso durante las oraciones de cuarenta horas, que costeaban en algunas parroquias se suple con las monótonas cadencias de alternada salmódica, y es de presumir que en los monasterios de religiosas no faltarán en tales solemnidades quienes se encarguen de ocupar con santas meditaciones el intervalo que dejan los actos de coro. En los conventos de religiosos debió de suceder lo mismo. Y no deja de ser notable que de los anales civiles de nuestra ciudad podamos entresacar un curioso ejemplo que prueba el carácter social de la fe de nuestros mayores. No era entonces el individuo; mas sí la sociedad entera la que se

preciaba de ser y de manifestarse cristiana. Débese al ferviente celo de S. Carlos Borromeo el origen de la función religiosa conocida con el nombre de cuarenta horas, cuya institución aprobada por la sede apostólica á últimos del siglo XVI, se hallaba ya introducida en esta diócesis á principios del siguiente como oración de rogativa en las calamidades públicas que amenazaban á nuestra isla.

En abril de 1610 la falta de lluvias, que con tanta frecuencia malogra las esperanzas de nuestros labradores, hacia ver en sus campos los tristes efectos de una prolongada sequía. Resolvieron entonces los jurados implorar la clemencia del cielo, y acudiendo al cabildo eclesiástico se acordó la celebración de unas cuarenta horas en la santa iglesia. Parece que esta vez no fué la primera, y en ella y en otras posteriores se observaron las prescripciones que de tiempo atrás se hallaban establecidas. Consistía una de ellas en encargár al clero de la universidad que hiciese veinte y cuatro gruesos cirios de cera blanca y con las armas de la ciudad pintadas en ellos, para que en las banquetas propias de aquellas corporaciones ardiesen todo el tiempo de las cuarenta horas ante el santísimo Sacramento. Sus residuos devolvíanse despues al cerero. En aquella época esta solemne función no se interrumpía, y era incumbencia del escribano de gastos menudos convidar personalmente á las autoridades y dirigir á las comunidades religiosas, á las cabezas de los oficios y á los mayordomos de las cofradías las esquelas de aviso, donde se les señalaba la hora en que debían concurrir para la estación que les correspondía.

Despues de vísperas principiaba la solemnidad con una procesion por el ámbito de la catedral: su numeroso clero, precedido de la cofradía de la Minerva instalada en la iglesia de la Merced, recorría el anchuroso templo adornado de ricas colgaduras y resplandeciente con la profusa iluminación de las capillas que estaban cada una á cargo de un señor capitular. En la de S. Pedro recibía el obispo la sagrada hostia bajo del palio, cuyas varas llevaban doce sacerdotes revestidos de capas pluviales. Detras seguían los jurados con el virey y los demás oficiales reales y universales. Colocado en el altar mayor el augusto Sacramento, S. Ilma. despojado de sus pontificales ornamentos y acompañado de los canónigos, empezaba á las 4 de la tarde la primera estación arrodillándose en las gradas del presbiterio.—Entretanto el magistrado con el virey esperaba sentado en su banco á que fuesen las 5 menos cuarto para empezar la suya.—A las 5 $\frac{1}{4}$ entraban los inquisidores con sus familiares.—A las 6 $\frac{1}{4}$ la cofradía de la Sangre de Jesucristo.—A las 7 los herreros, y así este como los demás gremios venían con su crucifijo y sus enormes linternas, vestidos con un traje talar de color blanco parecido al que llevan actualmente los cofrades de la Sangre en la procesion del jueves santo: en 1791 la autoridad mandó que fuese negro.—A las 7 $\frac{3}{4}$ los pelayres daban principio á su estación.—A las 8 $\frac{1}{2}$ los tejedores de lana.—A las 9 $\frac{1}{4}$ los sastres

—A las 10 los zapateros.—A las 10 $\frac{3}{4}$ los carpinteros.—A las 11 $\frac{1}{2}$ los toneleros.—A las 12 $\frac{1}{4}$ los alfareros.—A la 1 de la noche los pescadores.—A la 1 $\frac{3}{4}$ los tejedores de lino.—A las 2 $\frac{1}{2}$ los horneros.—A las 3 $\frac{1}{4}$ los cortantes.—A las 4 de la madrugada los albañiles.—A las 4 $\frac{3}{4}$ los hortelanos.—A las 5 $\frac{1}{2}$ los *traginers de garròt*.—A las 6 $\frac{1}{4}$ de la mañana el clero parroquial de Santa Eulalia.—A las 7 el de Santa Cruz.—A las 7 $\frac{3}{4}$ el de San Jaime.—A las 8 $\frac{1}{2}$ el de San Miguel.—A las 9 $\frac{1}{4}$ el de San Nicolás.—A las 10 el clero del Hospital general.—A las 10 $\frac{3}{4}$ la comunidad de los PP. Dominicos.—A las 11 $\frac{1}{2}$ los Franciscanos.—A las 12 $\frac{1}{4}$ los Carmelitas.—A la 1 de la tarde los Agustinos.—A la 1 $\frac{3}{4}$ los Trinitarios.—A las 2 $\frac{1}{2}$ los Mercenarios.—A las 3 $\frac{1}{4}$ los Mínimos.—A las 4 los Capuchinos que tenían su convento *extramuros* (*).—A las 4 $\frac{3}{4}$ el gremio de curtidores.—A las 5 $\frac{1}{2}$ los molineros de agua.—A las 6 $\frac{1}{4}$ los *corredors de coll*.—A las 7 los *sarriers*.—A las 7 $\frac{3}{4}$ los sombrereros.—A las 8 $\frac{1}{2}$ los pasamaneros, guanteros y buhoneros.—A las 9 $\frac{1}{4}$ los albarderos.—A las 10 los manteros.—A las 10 $\frac{3}{4}$ los sogueros.—A las 11 $\frac{1}{2}$ los terciopeleros.—A las 12 $\frac{1}{4}$ los medidores de aceite.—A la 1 de la noche los medidores y cribadores de trigo.—A la 1 $\frac{3}{4}$ los molineros de viento.—A las 2 $\frac{1}{2}$ la cofradía del Smo. Nombre de Jesus.—A las 3 $\frac{1}{4}$ la de nuestra Señora del *Rosér*.—A las 4 de la madrugada la de la Purísima Concepcion.—A las 4 $\frac{3}{4}$ la del Cordon de S. Francisco de Asis.—A las 5 $\frac{1}{2}$ la de nuestra Señora del Cármen.—A las 6 $\frac{1}{4}$ la de S. Agustín.—A las 7 la de la Sma. Trinidad.—A las 7 $\frac{3}{4}$ la de nuestra Señora de la Soledad.—A las 8 $\frac{1}{2}$ la Minerva que era la cofradía del Smo. Sacramento establecida en la Merced. Concluida á las 9 $\frac{1}{4}$ su estación, volvían los jurados con el virey y su acompañamiento, asistían á la misa mayor y al sermón, y se hacia despues la reserva. Acudían tambien procesionalmente para hacer su estación los colegiales de la Sapiencia con su crucifijo y linternas, los catedráticos del estudio general, y los alumnos de las escuelas acaudillados por sus maestros de la Compañía de Jesus, de Sto. Domingo, de S. Francisco y de otros conventos, que así repartían gratuitamente á los hijos del pueblo la instrucción como los buenos ejemplos. De esta suerte puede decirse que la población entera tomaba parte en ese turno de adoración al Señor sacramentado, y la sociedad se veía representada en todas sus clases y gerarquías.

Cuando con cierta fruición volvemos los ojos á los tiempos pasados, no es que su contemplación cause en nuestro espíritu un embeleso completo, ni que abriguemos el deseo de que se reproduzcan con la exactitud de una fotografía. Quien tal nos achaque bien sabe que nos calumnia. No perseguimos un

(*) Refiérese esta especificada reseña á unas cuarenta horas celebradas en 1671, y del año anterior data la fundación del primer convento de Capuchinos. Esto indica, no que fuese nueva la costumbre, sino que esta se modificaba algun tanto segun lo requeria la introducción de nuevas comunidades, agremiaciones y cofradías.

imposible, como los niños que echan á correr tras de una avechilla, ni aun dada su posibilidad nos esforzaríamos para conseguirlo. No pretendemos que vuelvan aquellos tiempos tales como fueron, con las mismas formas, los mismos abusos, los mismos caracteres menos esenciales. Lo que sí ardientemente deseamos es que resucite su espíritu, el espíritu que es compatible con la prosperidad de las naciones, con el bien estar de los individuos, con la ciencia verdadera y con todo cuanto tenga de bueno el moderno progreso. Y concretándonos á nuestro tema, ¿acaso para demostrar que conservámos intactas las creencias de nuestros mayores, es preciso copiar servilmente sus condiciones sociales? ¿Acaso es preciso restablecer aquellas nocturnas procesiones para continuar en el acto de vasallage que rendian al Señor sacramentado? El individualismo se ha sobrepuesto á la colectividad: reúnanse pues los individuos, muchísimos individuos, y puesto que tan lógica, tan laudable, tan meritoria es la devoción que recomendamos, arbitrense los mejores medios de establecer turnos de vela en las oraciones de cuarenta horas en que no existan, con especialidad durante el tiempo en que las iglesias no suelen estar concurridas y el Hijo del Eterno se vé como abandonado á una soledad aparente.

T. AGUILÓ.

INVITACION PARA CELEBRAR EL JUBILEO

DEL PONTIFICADO DE SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX (Q. D. G.)

En el mes de junio del presente año se cumplen los veinticinco del pontificado de nuestro padre santo. La junta superior de la Asociación de Católicos, deseosa de eoadyuvar á las demostraciones de júbilo y cariño que este fausto suceso produce en los católicos, ha tenido á bien acordar la publicación del siguiente programa, publicado por la Juventud Católica de Italia, y dictar á continuación algunas disposiciones para cooperar al éxito de ese objeto por parte de la Asociación de Católicos en España.

«Programa de la junta central de la Juventud católica de Italia á las Asociaciones, Institutos y periódicos católicos.»

I. Se invita á los católicos á implorar de Dios Todopoderoso, señor de la vida y de la muerte, la conservación de los días preciosos del reinante sumo pontífice Pio IX con fervorosas y humildes oraciones, y comenzando desde el 17 de junio próximo venidero hasta el 21 de junio de 1871, rezar cada día la oración litúrgica: *Oremus pro pontifice nostro Pio.—Dominus conservet eum, et non tradat eum in manus inimicorum ejus.*

II. Se propone una extraordinaria colecta general del *dinero de San Pedro*, que será presentada al sumo pontífice Pio IX en aquella faustísima ocasión.

III. Se hace un llamamiento á todos los católicos de cualquier país, ciudad, vecindario, parroquia, á fin de que se formen comisiones para reunir productos naturales, de industria, de arte y objetos preciosos etc., para espedirlos á Roma en don al santo padre, como muestra solemne que se debe tener en aquella época, y testificación del universal amor hácia la santa sede. Los objetos opuestos serán sorteados en una lotería á beneficio del *dinero de San Pedro*.

IV. Para solemnizar también de un modo espléndido el día 21 de junio de 1871, en el que no faltarán testimonios de todas clases de la devoción y amor de los pueblos hácia el santo Padre sucesor de San Pedro, se propone entre tanto desde ahora que una gran representación, convenida en Roma, de las naciones católicas, de los vecinda-

rios, asociaciones católicas, institutos, universidades, academias, órdenes nobles, cruzadas y militares, etc., vaya con solemne aparato de conciertos, estandartes, trajes nacionales etc., al Vaticano para rendir un homenaje de fe y de amor en nombre del mundo católico al sumo pontífice que desde veinticinco años está sentado sobre la cátedra de San Pedro.

V. Se escita á los *circulos y socios corresponsales* de la sociedad de la Juventud católica á obrar con celo y entusiasmo en la ejecución de los sobredichas propuestas, constituyendo las comisiones para las colecciones de objetos, y haciéndose centros para la colecta del *dinero de San Pedro*.

Se ruega también á todas las Asociaciones católicas, diarios, gacetas, periódicos católicos y extranjeros, á concurrir al objeto para conseguir del modo mas espléndido esta fiesta que el mundo católico tributará á su padre y maestro el romano pontífice Pio IX.

Se ruega á las Asociaciones católicas que tengan la bondad de comunicarnos sus especiales propuestas y programas, á fin de que nosotros también podamos aprovecharnos de ellos para el mejor resultado de nuestros deseos. (Esta comunicación puede hacerse en lengua original.)

Bolonia 28 de marzo de 1870.»

Para la realización de este proyecto, la junta superior cree conveniente, por su parte, dictar las disposiciones siguientes:

1.ª Se invita á todos los individuos de la Asociación de Católicos en España á decir y hacer rezar diariamente la oración por su santidad arriba citada.

2.ª Los demás fondos que se recauden, se entregarán á S. S. el día 21 de junio del presente año, si Dios quiere.

3.ª Se escita el celo de las juntas y de todos los individuos de la Asociación de Católicos para contribuir á favor de su santidad á fin de que sea decoroso el donativo que España pueda ofrecerle en ese día.

4.ª La junta superior se encarga de recoger los donativos de objetos que las juntas subalternas ó cualquier católico tuvieren á bien allegar para la lotería mencionada, y cuidará de hacerlos llegar á Roma por los medios mas seguros.

5.ª Se suplica á los señores socios que deseen asistir á la función del día 21, lo pongan anticipadamente en conocimiento de esta superior, á fin de autorizarles para que asistan en representación de la Asociación de Católicos en España, si quieren hacerlo en tal concepto.

Madrid 1.º de marzo de 1871.

Duran en los habitantes de Palma las hondas emociones producidas por la gran fiesta que se dedicó á S. José el domingo pasado; y no repeliremos para describirla las frases empleadas en análogas ocasiones, ni nos apuraremos en buscar otras nuevas que estén á la altura del asunto. Aun despues de las inolvidables funciones con que se solemnizó en 1855 la definición dogmática de la inmaculada concepción de María, aun despues de las dos suntuosas fiestas de desagravios celebradas en 6 de febrero y 23 de mayo 1869, ha parecido aumentar en esta la catedral el esplendor de su ornato y la magnificencia de sus pompas correspondiente á la grandiosidad del edificio: «nunca la hemos visto así» clamaban á una voz los concurrentes; en la orquesta, en el órgano, en el canto llano del coro, nada hallaban que desear los oídos, ni en las colgaduras y en el aparato del altar y en la deslumbradora iluminación los ojos. La procesion que precedió á la reserva fué magestuosa, alternando con el clero veinte y cuatro miembros de las juntas parroquiales y de la provincial de la sociedad con antorchas. A las armonías de dentro se juntaba el imponente clamor de las campanas echadas á vuelo ó repicando. En suma podrá celebrarse en nuestra basilica otra mayor festividad: no diré que no sea dable, mas hoy por hoy es inconcebible.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION. En la de esta noche pronunciará D. Pedro Sampol su tercer discurso *sobre la propiedad*.